

Soga de Seda y Magia

01 :: La médica alquimista

Slyndbar, capital del país de Hyariban.

Año 163 de la era de la tecnomagia.

Levantó los párpados con una desgana inusual, como si de algún modo supiera lo que le esperaba al otro lado del sopor. Sin embargo, al contemplar aquel escenario inverosímil, su memoria no podía darle una explicación coherente para lo que había sucedido. Su cerebro bulló de actividad en busca de respuestas, pero lo único que encontró fue un terrible dolor de cabeza. Al incorporarse, el resto de su cuerpo le indicó con unos calambres que, además, había tenido un sueño tan reparador como si se hubiera echado por encima una pócima de desintegración. Con esfuerzo separó la lengua pastosa del cielo del paladar, escupió un trozo de empanada y trató de dar forma al torrente de pensamientos que se arremolinaban alrededor de su mente desorientada.

—¿Q-Qué...? ¿Dónde...?

No tuvo mucho éxito.

Sus sentidos también se desperezaban con una parsimonia inusitada para lo que Odriel Lumumba acostumbraba. La muchacha se frotó los ojos almendrados, herencia de su padre elfo. Advirtió algo extraño en el tacto y el color de su piel; su tono oscuro, herencia de su madre humana de raza *nbolo*, había desaparecido bajo una capa de polvo y serrín que antes no estaba ahí. En general, había muchas cosas que no estaban donde debían. Empezando por ella misma.

La sala le resultaba familiar; al menos, el espacio y la disposición se asemejaban mucho a los del salón de su amigo Dimo, con la salvedad de que este lugar tenía aspecto de llevar abandonado varios meses. Eso, y que el techo se había derrumbado.

—¿Qué hago aquí? —preguntó en voz alta mientras se levantaba de un sofá que sí reconoció. Aquella mancha de vino con forma de trol de dos cabezas era inconfundible. ¿Estaría realmente en casa de Dimo?

Entre numerosos objetos que no le resultaban familiares como la escultura caída de una arpía, una olla quemada y un enano borracho que roncaba como una mantícora con sinusitis, reconoció algunos efectos y muebles dispersos por el suelo de madera, que amenazaba con derrumbarse también en cualquier momento. Casi todo estaba roto, quemado o había sido reducido mágicamente, y Odriel se asombró de que ella misma se encontrara de una pieza. Por su memoria cruzó, como un relámpago, un recuerdo muy concreto. Miró hacia arriba y contempló pasmada la sala del piso superior: *ese* era el salón de Dimo.

—Claro... —murmuró, atónita—. El suelo se hundió y tuve suerte de caer con el sofá. ¿Dimo? Dimo, ¿estás por aquí?

Odriel escuchó un lamento apagado. Su amigo estaba sobre un tablón de madera y daba muestras de estar vivo, aunque no del todo consciente. También lucía un atuendo de lo más

extraño. Llevaba poca ropa, pero ¿qué era aquello? Un disfraz... de hurón. Claro. La semielfa se palpó la cabeza y, tras sacudirse los escombros, se quitó algo parecido a una capucha: su disfraz de cuervo. Eran de cuando se infiltraron en sendos grupos clandestinos e impidieron que los miembros se mataran entre ellos, unas horas antes. No tenía ni un recuerdo de cómo ni por qué lo hicieron.

—¿Estás bien? —preguntó Odriel mientras le tomaba el pulso y examinaba sus pupilas.

—Sí, no soy uno de tus cadáveres. —Dimo aceptó su mano para levantarse, pero no su reconocimiento médico.

—Pues los he tenido con mejor pinta que tú ahora mismo.

En efecto, el joven humano había pasado a parecer un hurón albino zombi y apenas podía apoyar el pie derecho. Tropezó con el tablón sobre el que había dormido, maldijo y le dio una patada con la izquierda. Volvió a maldecir.

Odriel se fijó mejor en el tablón, que tras el golpe mostraba su otro lado. Era el cartel de una tasca: El Último Suspiro de Damora. Damora... ¡Por los Ecos de Gwalathar! ¡Esa ciudad estaba lejísimos!

—¿Qué arcanos hicimos anoche, Dimo?

—No lo sé, pero tengo gelatina en las bragas.

Tras unos segundos de desconcierto, Odriel finalmente preguntó:

—¿Y tú qué haces con bragas?

—Ay, Odri, ¡yo qué sé! El Dimo del pasado vivía hasta ayer en el piso de arriba y el Dimo del presente vive en un basurero abandonado y lleva bragas. ¡Ugh! —El chico, que tendría la mitad de años que Odriel pero parecía igual de joven, se palpó la espalda con una mueca de dolor.

Odriel era médica alquimista, trabajaba como ayudante forense en un grupo de clarividentes y sabía reconocer heridas. Aunque no eran las más habituales, reconoció las de su amigo al instante. Muy diferentes a las contusiones causadas por el derrumbamiento, estas otras las había provocado un látigo. Decidió no preguntar.

—Deberíamos lavarnos, asegurarnos de que tenemos todos los dedos y tratarnos las heridas —sugirió la semielfa.

—Sí, pero antes tendremos que encontrar la manera de salir de aquí...

Ambos echaron un vistazo a la sala en ruinas. La luz del primer sol, Belegarien, había encontrado las pocas rendijas existentes entre las tablas que atrancaban las ventanas, y sus haces sesgados y ralos atravesaban una densa capa de polvo. A una altura considerable, el techo de madera se abría como una boca llena de dientes astillados y si los jóvenes alquimistas veían algo en aquel lóbrego salón era por la luz que se reflejaba en el piso superior.

De pronto, en mitad de aquel espacio, un destello reflejado por miles de cristales los cegó. Dimo gritó sobresaltado. Odriel lo calmó con una suave presión en su cuello. Con las bragas y el disfraz de hurón, si había algo de lo que asustarse en aquel salón era precisamente de él. La semielfa se acercó confiada al origen de las luces que habían comenzado a parpadear, pues sus ojos verdes, casi amarillos, veían sin dificultad aunque hubiera poca iluminación. Era una geoda enorme, más grande que ella misma (y Odriel era más alta que una humana normal). Allí estaba la causa del derrumbamiento, de pronto lo recordó. Lo que no lograba recordar era cómo demonios había llegado al salón de su amigo. Lo único que sabía era que habían estado probando compuestos alquímicos y que en algún punto se les había ido de las manos. No tenía tiempo para desentrañar el misterio, pues lo que brillaba en su interior, reflejado por innumerables facetas de colores, era un objeto que ella conocía bien: se trataba de su *orbítreo*, una esfera de cuarzo de comunicaciones tecnomágicas. Y, a juzgar por los destellos, tenía trabajo.

—Lo siento, Dimo, debo irme. En cuanto pueda vendré a ayudarte con... —miró a su alrededor— esto.

—No te preocupes. Hoy necesito descansar. ¿Qué tienes? ¿Un paciente?

Con cara de pena, Odriel respondió:

—No; se trata de un cadáver.

02 :: El tecnomago criminalista

Una mano pequeña y arrugada se abrió paso a través de la bruma. En su búsqueda errática encontró la superficie empañada de un espejo y lo bruñó con un par de movimientos en zigzag. Al otro lado apareció una cara desencajada; un rictus sobrenatural, escalofriante; una expresión de puro horror esculpida en el rostro húmedo de un joven mediano. Era la prototípica escenificación de una vida que se extingue, la esencia misma de la muerte concentrada en una agonía lenta hasta el absurdo, detenida en el tiempo. Así permaneció durante varios segundos más hasta que el pequeño investigador, Aeric Lockbed, ensayó entonces otra de sus histriónicas muecas. Ahora era una máscara de estupor delirante, mostraba los dientes y abría hasta lo imposible sus ojos joviales y llenos de vida. Con sus manitas se deformaba los rasgos a voluntad, levantando sus cejas como espigas o abriéndose las aletas de la nariz. El efecto mejoraba a medida que su cabello castaño y crespo se iba secando por la manipulación, pues de esta manera destacaban aún más unos mechones rebeldes de distinto color. Un estudio minucioso revelaría que, en realidad, cada uno de esos cabellos poseía un degradado con variaciones más claras de su tono natural. Era de lo más frecuente entre los de su especie (los *miongháire daoine*), aunque en Aeric parecían más bien unos graciosos cuernecillos. Por eso, cuando puso cara de travieso no pudo evitar soltar una carcajada de satisfacción, pues reconoció en el reflejo a un diablillo de lo más convincente que aparecía entre la niebla como si fuera humo del Plano Infernal.

Despejó un poco más el vaho del espejo del baño y se creció, acompañando sus gestos con una serie de posturitas. Hizo la representación completa: *el fuerte, el viejo, el gorderas, la damisela agradecida* y, cómo no, su preferida: *estoy muy bueno y lo sabes*.

—¡Gracias, muchas gracias! Sois un público maravilloso —le dijo a su reflejo y prosiguió, guiñando un ojo—: Os espero en la función de mañana.

Con su escaso metro veinte de estatura, Aeric tuvo que subirse a un pequeño escabel junto a la bañera para alcanzar el ventanuco y abrirlo. Le gustaba ver cómo el aire empujaba el vapor en lentos remolinos. Cuando el baño se ventiló un poco, se enganchó una pulsera con su sello oficial de tecnomago criminalista en la muñeca con la solemnidad y la delicadeza de un ritual sagrado. Era una pieza cilíndrica de metal con un diámetro menor que el de una moneda de bronce y poco más ancha que el canto de una de cuarzo. Para Aeric, no obstante, su sello de criminalista resultaba más valioso que un cofre lleno de monedas de obsidiana.

Apagó las lámparas de *hainu* y entró en el salón al tiempo que dejaba su toalla sobre una silla. El primero de los dos soles de Enor iluminaba aquella estancia amplia y desordenada con su característica luz cálida. Aún no había terminado el crepúsculo enori, si bien el segundo sol ya no tardaría mucho en aparecer. Aeric pudo deducirlo debido al halo fantasmagórico de tono violáceo que se vislumbraba en el horizonte.

Siguió caminando con intención de desayunar en la cocina. Al tiempo que se daba una palmada en la barriga (más abultada por la pelusilla que por la carne), clavó la mirada en su libro de mago investigador, que estaba abierto sobre la mesa del comedor. No era un libro corriente, eso saltaba a la vista. En primer lugar porque, a pesar de su cubierta coriácea y sus

protectores de metal, ni siquiera era un libro. Y, en segundo lugar, porque en vez de páginas tenía dos placas de *twarzero*, un material alquímico transparente de una afinidad especial con la magia, como atestiguaba el intenso fulgor que emitía en aquel instante.

La expresión de horror de Aeric fue auténtica esta vez. Paralizado, calculó el tiempo que habría perdido poniendo caras y posturas delante del espejo y rogó en silencio que el libro no llevase mucho tiempo brillando de aquella manera. El resplandor era una señal de los Clarividentes de Lorian y significaba que requerían sus servicios como tecnomago criminalista en un nuevo caso. Como de costumbre, un código de teletransporte (conocido como *aqran*) aparecía dibujado en una de sus láminas. El mediano maldijo en voz alta y acto seguido corrió por toda su casa desnudo, organizando mentalmente la cadena de tareas que debía realizar antes de teleportarse a la escena del crimen. Sabía por experiencia que la primera era vestirse. Por desgracia para él, desayunar no iba a ser una de ellas.

03 :: La maestra de Lorian

El segundo sol, Lurián, saludaba ya a la capital del vasto país meridional de Hyariban, dando paso al día tras el largo crepúsculo matinal. La mañana era refrescante, típica en aquella época primaveral en la que ambos soles se sucedían con un intervalo cada vez mayor. Poco a poco se desvanecía el recuerdo de la ligera bruma que había invadido las calles desde la costa, pues aunque Slyndbar era una ciudad encostrada en la desembocadura del río Zura, el barrio de Caballeros era una elevación formada por amplios terrenos que a su vez se hallaban coronados por numerosas mansiones, casas solariegas o palacetes de toda influencia y edad. Al igual que en otras zonas prósperas de Slyndbar, las calles brillaban al reflejar los haces solares sobre la húmeda superficie de su empedrado.

Una joven humana lo recorrió con decisión hasta detenerse frente a la verja de forja donde destacaba, en oro, un escudo de sobra conocido en toda la ciudad: el del sastre Grabedan. El apellido era visible a cincuenta metros y la inicial quedaba enmarcada en el emblema de una tela con forma de arpa. A ambos lados de la gran puerta abatible, que permanecía abierta por completo, los muros de piedra se extendían hasta fundirse en la lejanía con los de las casas vecinas. Con sus tres metros de altura podía disuadir al ladrón elfo más ágil. Y eso sin contar con las medidas de seguridad. Las *gargolarmas* permanecían, no obstante, con los ojos de piedra apagados: una señal inequívoca de que estaban desactivadas.

Al cruzar el umbral y adentrarse en la propiedad, la muchacha advirtió el cambio de terreno. El suelo se hallaba ligeramente embarrado alrededor del camino de piedras por el que se llegaba hasta una mansión de corte clásico con tejado a dos aguas. Un parterre cuajado de setos y dalias guiaba a los visitantes hacia ella por la izquierda. El jardín era el resultado de un diseño meticuloso, si bien ofrecía tal aspecto de abandono que, al contemplarlo, en lugar de enardecer el corazón lo encogía de lástima. Por detrás de sus flores y arbustos, la vista se perdía en un estanque de casi una hectárea. En el centro había una estructura abovedada parecida a un templete y, más allá, hacia el sur, un pequeño edificio que la servidumbre llamaba hogar.

Zenda Verdana, que de ordinario habría llamado la atención en un lugar tan suntuoso como aquel con su sencillo uniforme de maestra clarividente, se sobresaltó al ver a los dos enormes mastines que aparecieron por detrás de la casa y se dirigieron corriendo hacia ella. Sus ladridos, tan potentes como el barrito de un *rinoceratops*, se entremezclaron con gruñidos. Echaban espumarajos por las bocas que oscilaban, colgantes, a cada salto de sus recias patas, al mismo tiempo que arrancaban terrones del suelo.

—¡Silencio! —gritó con tal autoridad que los perros se volvieron al instante y se fueron, aunque sin dejar de correr y jugar, lamiéndose las orejas el uno al otro. No eran tan peligrosos, al fin y al cabo.

Era evidente que estaban nerviosos por la presencia de tantos guardias entrando, saliendo y, como Zenda pudo comprobar, pisoteando por todas partes sin el menor cuidado. Junto a las pisadas había marcas de ruedas recientes, pues la tierra aún no se había desprendido de la humedad matutina. Y allí plantada, delante de la puerta de la mansión, la

joven observaba molesta los estragos que seguían causando los oficiales de la Brigada de Investigación al pisotear todo el lugar como si aquello fuera el mercado de Pueblo Viejo.

El rostro de la maestra no solía presentar un amplio espectro de emociones, pero cuando Odriel llegó atravesando el jardín, la semielfa leyó a la perfección su descontento de un simple vistazo. Ya conocía los gestos de Zenda: sus repiqueteos nerviosos con el pie y la forma en la que se apartaba el flequillo negro de los ojos.

—Si había huellas que investigar en ese suelo, podemos olvidarnos de ellas —le dijo Odriel, poniendo voz a sus pensamientos.

—Cierto —asintió la maestra al servicio de la Orden de Lorian, la deidad del conocimiento y la verdad. Los que conocían a Zenda sabían que pronunciar aquella palabra le provocaba cierto placer, aunque no le dieran la oportunidad muy a menudo.

—¿Sabes ya lo que ha sucedido? —continuó Odriel.

Zenda observaba la casa señorial de tres plantas, sus ventanales abiertos y el hilillo de humo que se elevaba sobre la chimenea.

—No. Según me ha contado la sabia Zemira se trata de un suicidio.

Su compañera no disimuló su sorpresa. Y Odriel, entre su aspecto y su extravagancia, solía ser la que sorprendía.

—¡Vaya! ¡Lo siento! —dijo con sentimiento. Aunque la mitad del tiempo trabajaba con cadáveres, siempre se entristecía por las muertes y más aún por los suicidios: la vida estaba demasiado llena de sorpresas para perderse las que estaban por llegar por decisión propia—. Pero entonces no entiendo qué hacemos aquí. ¿Para qué querría alguien llamar a los Clarividentes si no hay nada que investigar?

—Por lo visto, el sargento encargado de la investigación se ha mostrado suspicaz en lo referente a ciertos detalles. Además —y esta vez Zenda miró a su compañera—, cuando se trata de alguien famoso y rico como Leruín Grabedan, la Guardia Judicial siempre nos encarga una investigación. Por si acaso.

Odriel volvió a asombrarse al oír el nombre. Se miró la ropa. Por debajo de su uniforme de clarividente, donde llevaba bordados en el pecho los emblemas de alquimista médica, asomaba una camisa túnica con la que había sustituido a toda prisa su ropa sucia y rasgada del día anterior. Esta otra era de colores claros y alegres que, en su opinión, favorecía su singular belleza de mestiza. Era cómoda y elegante sin resultar pretenciosa, aunque no todo el mundo la llevaría puesta en un trabajo en el que a veces te manchas de sangre. En una de las mangas se podían leer las runas del apellido Grabedan. Al contrario que Zenda, Odriel era de lo más expresiva y se leía con claridad la lástima y la decepción en sus ojos del color de la lima.

—Y a ti, ¿qué te ha ocurrido? —Zenda advirtió la suciedad que aclaraba la piel tostada de su compañera. Incluso el cabello, normalmente rizado y castaño, estaba blanco y apelmazado por un lado.

—Creo que anoche desarrollamos un sistema de cristalización de *amadamantio* —dijo la médica alquimista mientras se atusaba el pelo, como si su explicación hubiera aclarado cualquier duda. Tras un rato de silencio, pareció caer en la cuenta de algo—: ¿Y Aeric? ¿Aún no ha llegado?

Como respuesta, un fulgor mágico atrajo la atención de ambas jóvenes a pocos pasos de allí. Un tecnomago de la Guardia se había encargado de crear un círculo base con el código aqran para que otros magos investigadores, como Aeric, pudieran realizar una traslación instantánea al lugar de los hechos. Con un trozo de pan medio carbonizado colgando de la boca, el mediano corrió dando un traspies. Llegó donde estaban sus compañeras clarividentes y se detuvo a recuperar el aliento. Al detectar el sabor amargo del pan, lo escupió y se secó el sudor de la cara.

—Para ser el único de los tres que tiene la capacidad de teleportarse, siempre te las arreglas para llegar el último —le dijo Zenda mientras echaba una reprobadora mirada al trozo de pan que contaminaba un poco más la escena de un posible crimen.

La maestra podía decirle cualquier cosa como si leyera la lista de la compra y, aun así, el mediano detectaría reproche.

—Lo siento, jefa. Estaba con mi entrenamiento diario y no vi la llamada hasta ahora.

La humana fijó su mirada en él. Era casi imposible engañar a los maestros de la diosa de la verdad. La mentira irradiaba un efluvio que percibían con total claridad, a veces sutil y dulzón como una mentira piadosa o una verdad a medias, y en ocasiones un hedor penetrante como una falsedad de varias capas.

—Tu entrenamiento diario no da resultados. No te veo muy en forma, Aeric.

—Aparte de tu carrera para llegar —comentó Odriel con sus penetrantes ojos mientras analizaba el cuerpo del mediano—, no veo ningún signo de ejercicio físico reciente. Te has vuelto a quedar haciendo el tonto delante del espejo. —Se rio.

«¡Clarividentes!», pensó el pequeño tecnomago mientras ponía los ojos en blanco. Era imposible mantener secretos. Al fin y al cabo se dedicaban a desentrañarlos. Zenda poseía el don de los maestros para detectar las mentiras y Odriel, aunque no pertenecía en realidad a la Orden de Lorian, era una médica con una vista especial gracias a su herencia élfica. La función principal de Aeric era rastrear magia e investigar huellas, muy conveniente para la resolución de un crimen pero en ningún caso para hacer más creíbles sus excusas.

Tras graduarse como mago criminalista e ingresar en la Orden, Aeric entró a formar parte de aquel organismo de investigación denominado los Clarividentes de Lorian bajo la supervisión de Zenda. Un tiempo después se unió Odriel como profesional independiente. La organización estaba formada por equipos de lo más heterogéneo de tres o más miembros (ya fueran monjes, tecnomagos, alquimistas, médicos u otros especialistas), todos operaban bajo las órdenes de algún maestro de la Orden y eran coordinados por los sabios. Aunque a veces podían cumplir encargos personales, trabajaban principalmente como investigadores para la República.

—¿Y bien? —preguntó el mago mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el dragón?

—No hay ningún dragón —respondió Zenda—. Según me han dicho es un suicidio.

Aeric se llevó una mano a las sienes. No dejaba de sorprenderse por lo literal que podía llegar a ser una persona que no termina de entender los conceptos ajenos al ámbito de la verdad pura. Experta en detectar las mentiras, la maestra era incapaz de decir una. Aeric abrió la boca para explicarle que donde decía *dragón* quería decir *urgencia*, pero al instante renunció a la idea. Sin embargo, cayó en la cuenta de algo:

—Espera, ¿entonces para qué demonios hemos...?

Al igual que a Odriel, al mediano le extrañaba que los hubieran llamado a causa de un suicidio. No obstante, su intención de comentarlo se desvaneció al detectar una porción de bizcocho que se aproximaba de la mano del sargento que los había llamado, un enano calvo y con una barba rubia que iba llenándose de migas a medida que mordisqueaba su desayuno con fruición. Anadeó hacia ellos con unas piernas arqueadas que, con los años, habían ido cediendo bajo el peso como dos muros necesitados de contrafuertes. En cada paso había un breve momento en el que ninguno de sus pies tocaba el suelo.

—Ya estamos todos, ¿verdad? —comenzó a decir—. Soy el sargento Patrun Mouttojad y me han puesto a cargo de este caso; si es que hay caso. Eso es mejor que lo comprobéis vosotros mismos, clarividentes.

Aeric empleó toda su fuerza de voluntad para dejar de mirar el bizcocho y concentrarse en el enano. Una sonrisa de alivio cruzó su rostro al fijarse en él. A este no lo conocía. Y eso, teniendo en cuenta que Zenda ya había cabreado a la mayoría de sargentos e inspectores con

los que había tratado, era un buen comienzo.

—La víctima es Leruin Grabedan; humano, cuarenta y cuatro años —prosiguió Mouttojad—. Estaba colgado en una de las habitaciones del primer piso. Se podría decir que *se apretó la corbata más fuerte de lo recomendable*. —Se rio de su propia ocurrencia. Al comprobar que nadie lo acompañaba, prosiguió—: Bueno, lo entenderéis cuando subamos. Lo encontró su sirvienta esta mañana, que, por cierto, hace un bizcocho de cereza de muerte. —Escupió la mitad entre carcajadas. Aeric cerró los ojos para no mirar el delicioso, esponjoso y apetecible bizcocho, pero ya había quedado registrado en su memoria cada detalle, incluidos el olor y textura. El sargento se recompuso, tosió y terminó su exposición—: La *suavita* no es que sea la cocinera, es que se encarga de todo. Solo vivían aquí ellos dos.

—¿Una sola sirvienta para un lugar así? —Zenda frunció el ceño. El lugar era enorme.

—Eso mismo pensé —dijo el sargento—. Me extraña que no fuera ella la que se suicidara.

—Creo que ese tal Grabedan podía haberse permitido un poco más de personal. —Aeric señaló la opulencia que les rodeaba—. No creo que tuviera problemas económicos.

—No hace falta ser clarividente para darse cuenta de que este tío había amasado una fortuna, aunque no fue siempre así. Empezó como mercader de telas, el negocio le fue bien y apostó por la seda y los tejidos tecnomágicos. Empezó a *confescionar* su propia línea de ropa y se hizo famoso por ello. Supongo que ya sabéis de qué hablo: túnicas con bolsillos dimensionales, chaquetas protectoras, mantas muy ligeras con conjuros de calor y esas mierdas. Tuvo tanto éxito que fundó la compañía *Confesciones* Grabedan y se dedicó a fabricar y distribuir a lo grande. ¡Joder! Si hasta mi uniforme es de Grabedan, no te digo más. Calienta, protege y realza mi figura —dijo mientras se señalaba la voluminosa cintura con ambas manos y un gesto orgulloso—. No echo de menos esa maldita armadura de cuando empecé en la Guardia. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Buf, lo menos setenta años. Aún la guardo en el desván como recuerdo...

—Hemos venido a investigar, no a escuchar sus insustanciales memorias —le cortó Zenda—. Y se dice *confección*.

«Ya ha empezado», se dijo Aeric al tiempo que se hacía un poco más pequeño y miraba a otro lado.

El sargento se encogió de hombros y prosiguió con su tono desenfadado:

—La sirvienta se está recuperando del susto en la sala de estar, así que os recomiendo que empecemos echando un ojo a la habitación donde se encontró el cadáver. Os han llamado porque hay un par de detalles que resultan un tanto chocantes en todo este asunto. El primero es que la sirvienta encontró la habitación cerrada con llave. Pero por fuera. Seguidme, os lo enseñaré.